

Anales del Seminario de Historia de la Filosofía

e-ISSN 1988-2564

<https://dx.doi.org/10.5209/ashf.66303>

 EDICIONES
COMPLUTENSE

Gabriel, Markus, *El sentido del pensamiento*, Barcelona, Editorial Pasado & Presente, 2019, 416 pp.

Markus Gabriel (1980) es uno de los filósofos contemporáneos que llevan haciendo ruido desde hace unos años dentro de la corriente denominada (polémicamente) realismo especulativo, pese a que él se ha desmarcado junto a Maurizio Ferraris hacia lo que llaman Nuevo Realismo. Profesor titular en la Universidad de Bonn, tiene el mérito de haber sido el profesor universitario más joven de Alemania en ostentar ese cargo. Esta última obra viene a completar una trilogía: *Por qué el mundo no existe*, *Yo no soy mi cerebro (Filosofía de la mente para el siglo XXI)* y *El sentido del pensamiento*. Digamos que ella va de lo externo a lo interno: desde el mundo externo ontológico-metafísicamente tratado, pasando por el cerebro y llegando a su interior o contenido (el pensamiento). Ahora bien, no resulta fácil reseñarla por la abundantísima y a priori desconectada cantidad de subapartados, envueltos por una maraña de filosofía *stricto sensu*, filosofía mundana y cultura pop. Un punto a subrayar es que al final de la obra viene un glosario con las definiciones de los diferentes términos que emplea, aunque muchos son de sobra conocidos, Gabriel tiende a imprimirles un sentido particular.

La tesis fuerte del libro se anuncia desde muy temprano: el pensamiento es un sentido más y no un mero procesamiento de información (p. 20), lo cual ampliará hasta proponer su tesis de *nooscope* (*nous*, mente o inteligencia; *skopeō*, atisbar o mirar): “nuestro pensamiento es un sentido por medio del cual podemos atisbar lo infinito y representarlo matemáticamente” (p. 222). Los sentidos se hallan imbricados con la realidad: si yo escucho una moto, ella pertenece tanto a la realidad como mi sentido del oído. A su juicio, no hay únicamente cinco sentidos (concepción aristotélica ya desfasada), sino que también encontramos el sentido del tiempo, del equilibrio, etc. Además, todas las diferentes modalidades sensoriales se influyen entre sí (*penetración cognitiva*). Y luego remarca lo que nos enseñó Bacon en su exposición de los *ídolos*; a saber, que aquellos conocimientos que tenemos sobre la realidad afectan a nuestras experiencias sensoriales (*qualia*): un experto en café y yo no apreciamos el mismo sabor ni tampoco captas una sinfonía igual que un músico profesional.

Sus planteamientos constituyen un ataque directo al funcionalismo; de hecho, su defensa del espíritu o su lucha contra el materialismo, al que acusa de erguirse en la metafísica predominante en la actualidad, son otros dos pilares. Dice Gabriel que nuestros pensamientos no

son algo material ni material-energético, y reducir la totalidad a esto nos arrastra al error. Él mantiene una postura *inmaterialista*: gracias al pensamiento entramos en conexión –siempre según Gabriel– con realidades no materiales, tales como verdad, amor, justicia, números, conciencia, etc. Algo no físico, entonces, se halla en condiciones de afectar a algo físico (siguiendo a Deutsch, “como el conocimiento contenido en un gen o una teoría” (p. 52)). Sin embargo, no termina de resolver una incógnita: qué son esas cosas. Si son inmateriales porque no son materiales, el círculo resulta manifiesto. Otra de las tesis que estructura y discurre por el libro (sin ella, este no se entiende) es la definición de pensar como aprehender pensamientos: cualquiera que haya leído el *Teeteto* de Platón no puede evitar arquear una ceja ante esta declaración.

Nuestro autor traza una distinción: por un lado, está el objeto de pensamiento (el asunto); por otro, el concepto del mismo (la posición del pensamiento ante ese asunto). Pongamos por caso que el objeto es una novela, pues el contenido se situará en cómo se me aparece a mí esa novela (fascinante, un bodrio, etc.). Avanzando en este punto, importa su idea fregeana de *transparencia alética*: “decir de algo que es verdad simplemente subraya una afirmación, pero no la modifica” (p. 94), con lo que la realidad no dista de su representación en los pensamientos reales. Afirmar que es cierto que en octubre de 2016 Mariano Rajoy era presidente del Gobierno de España no difiere en contenido de afirmar que en octubre de 2016 Mariano Rajoy era presidente del Gobierno de España.

Gabriel entra también al debate de la inteligencia artificial, a la cual califica de *modelo de pensamiento*, y no de pensamiento como tal (por usar la expresión de Houellebecq, esta distinción se analogaría con el mapa y el territorio). Pensar posee la característica de generar modelos de realidad. Entiende Gabriel la *inteligencia* como la capacidad de pensar: el problema está en saber qué es el pensamiento, su intención en el ensayo. Muy tempranamente, él había indicado que el pensamiento no se trata de algo exclusivo de los seres humanos. Esto nos plantearía una extrañeza ante su negación en el ámbito de la IA, aunque se solventa si vemos cómo enfatiza la biología y tal vez ciertas lecturas de pensadores en la línea de Alva Noë. “Cuando se cree a los ordenadores capaces de jugar al ajedrez, en primer lugar, se está reduciendo el juego del ajedrez a un papel funcional y

ya no se le está considerando como la actividad de un ser humano”, actividades que se encuentran atravesadas por el papel de las instituciones: “la actividad del ajedrez, además, se desarrolla en clubes, conversaciones de ajedrez y muchos otros ámbitos” (p. 133). Nosotros, a diferencia de los ordenadores, estamos compuestos de tejido celular, lo que no permite afirmar una igualdad de intereses compartidos con los ordenadores. Sin obviar que nuestra percepción de los ordenadores como entidades inteligentes responde a criterios de eficiencia, pero yendo más allá que antes, estos no alcanzan a tener intereses propios; “por lo tanto, no puede compararlos entre sí cuando los criterios de eficiencia no están claramente definidos” (p. 216). Los problemas surgen enmarcados en nuestra supervivencia, en perseverar en el ser, que diría Spinoza, mas estas cuestiones no existen en el *software* de un ordenador precisamente porque carecen de vida, no se hallan situados en el reino animal. Así, niega el programa fuerte de la IA, haciendo hincapié en que el pensamiento humano nunca podrá ser reproducido: aunque nos empeñemos ningún sistema binario podrá ni siquiera acercarse; en consecuencia, tampoco se casa con el poshumanismo. Lo anterior se sintetiza en la postura del *externalismo biológico*: únicamente se puede hablar de pensamiento en los seres vivos, los cuales comparten unos datos de fondo históricos.

Para que toda su exposición sea coherente, se ha de presuponer el realismo, un realismo –dicho sea de paso– que supere la simplicidad de la dicotomía sujeto-objeto, eso a lo que su colega Quentin Meillassoux le pone la etiqueta de “correlacionismo”. Tendrá, pues, que explicar qué es la realidad y cómo esta se vincula con el pensamiento. Gabriel justifica su posición del siguiente modo: no va a defender un realismo decimonónico que vendría a afirmar que la realidad consiste, en esencia, en su independencia del ser humano sin explicar a su vez qué quiere decir esa independencia. A su entender, lo real se canaliza a través de medios, pero no es el ser humano quien con su espíritu da luz a lo real, como si ello fuese su producto. Al contrario, los objetos se dan en campos de sentido, estos son su medio (piénsese en la idea de mediación descrita por Adorno en *Dialéctica negativa*). Y estos medios no resultan extrínsecos a la realidad, sino que intervienen en ella. Gabriel nos deja aquí una sensación de oscuridad, creo que la mejor manera de descifrar su significado se encuentra en un sintagma popularizado por Ian Hacking: “representar e intervenir”. El sujeto ya no se lee como un sujeto pasivo, un mero receptáculo de sensaciones (no estamos en la clásica dicotomía sujeto-objeto), sino que “los medios no están alejados de la realidad, sino que son una verdadera intervención en lo real” (p. 267). Por cierto, el pensamiento es real e intervenimos en él: ¿qué hacen psicólogos y psiquiatras?

No nos confundamos: no está sugiriendo que nosotros creemos la realidad. Cabe certificar que al igual que un concepto puede transformarse en un pensamiento, las mesas pueden transformarse en el concepto mesa. No obstante, parece nítido que el concepto mesa y las mesas no son lo mismo. O sea, del análisis de un concepto no podemos extraer su realidad. Lo que sí hacen los conceptos es darnos acceso, permitirnos conocer la realidad, aunque esta siempre desbordará la cantidad de información que ellos nos suministran. La realidad, que es modal, debe cumplir, para Gabriel, dos condiciones: primero, participar de algún concepto; segundo, que puedan producirse errores categoriales al decir algo de ella, equivocarse es una posibilidad (no hemos de creer en un instrumentalismo en el cual todo se manifestaría como completamente predecible): esa posibilidad existe porque tenemos algo objetivo a lo que remitirnos, y a partir de lo cual comprobamos, en caso de poder, si se confirma nuestro pensamiento. Apuesta por un *realismo neutral*: “la realidad no es ni completamente reconocible para los seres humanos, ni se encuentra fundamentalmente fuera del alcance de nuestro conocimiento” (p. 312). Tal cosa no significa que conozcamos todo lo real, sino que en su heterogeneidad hay cosas que conocemos, otras que conoceremos y otras que, quizá, nunca lleguemos a conocer.

Tal vez no lo parezca, pero este sistema que nos pone sobre la mesa Markus Gabriel posee, en último término, un sentido político, y un sentido fuerte cimentado en el aparato filosófico que he intentado desplegar. Quien quiera dar con el porqué, solo ha de abrir este libro. Quedan invitados. No negaremos que muchos de los conceptos acuñados por el autor en estas páginas no consiguen, por más que lo pretendan, aparecernos como novedosos. Debido a los límites lógicos de este escrito, no hemos podido dar cuenta de todos ellos, sino que nos hemos centrado en la idea fundamental, la idea de pensamiento. Ya señalamos al principio que la cantidad de cuestiones que trata es tan amplia que intentar abordarlas todas resultaría desproporcionado para los objetivos de quien reseña. Así, esta recensión sobre la última obra de Markus Gabriel, pese a las múltiples críticas que un lector sagaz pudiera reprocharle, nos hace entender que la filosofía solo tiene valor si está viva, entonces –aceptando una consideración adorniana– la cuestión no estriba tanto en ver la actualidad de problemas filosóficos del pasado, sino en coger esos problemas y tratar de entender nuestro mundo actual. He aquí la pretensión de Gabriel, aunque, como bien sabía Aristóteles, dar en el blanco es lo más difícil.

Óscar Díaz Rodríguez
odiaz01@ucm.es /
oscar_langreo@hotmail.com